

Academia de Buenas  Letras de Granada

DISCURSO

PRONUNCIADO POR LA

ILMA. SRA. DOÑA ROSAURA ÁLVAREZ RODRÍGUEZ

EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA

Y

CONTESTACIÓN

DEL

ILMO. SR. D. JOSÉ CARLOS ROSALES

ACTO CELEBRADO EN EL PARANINFO

DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA

EL DÍA 24 DE FEBRERO DE 2003

GRANADA

MMIII

Edita: © Academia de Buenas Letras de Granada
Imprime: La Gráfica S.C.And.- Granada
Depósito Legal: Gr-130/2003
I.S.B.N.: 84-933014-0-X

DISCURSO

DE LA

ILMA. SRA. DOÑA ROSAURA ÁLVAREZ

Sobre nueva poesía de mujer
en España

Señor Presidente,
Señoras y Señores,
Amigos todos:

DOBLE circunstancia me lleva a expresar, en este solemne acto, mi gratitud a los promotores de la Academia de Buenas Letras de Granada –ya miembros numerarios o electos– por haberme designado académica de esta ilustre Corporación. En primer lugar, por elegirme miembro fundador. En segundo lugar, por tener la certeza de que la mujer es “rara avis” en las Academias de España, y concretamente en las granadinas, donde según la “Nómina de Académicos de Número” del 2002, de sus 188 miembros, repartidos en 7 Academias, sólo 14 somos mujeres.

Y, porque lo académico no pone vallas a lo emotivo, deseo decir en tan digna ocasión que mueve el afecto mi memoria y pienso en voz alta que, de haberse creado esta Institución unas décadas antes, Elena Martín Vivaldi –promotora de este proyecto– y Trina Mercader ocuparían los primeros puestos y dignificarían con su presencia la Academia de Buenas Letras de Granada.

Ligada a este recuerdo y por ser mi oficio literario el de poeta, el tema seleccionado para este discurso versará sobre la nueva poesía de mujer en España. Me ha llevado a ello comprobar que, fuera del círculo de mujeres poetas, hay escaso conocimiento de estas propuestas subversivas en los restantes ámbitos literarios. Y de antemano pido perdón, pues mi discurrir se va a sustentar, en la mayoría de los casos, en un conocimiento más empírico que científico, dado que mi

especialidad en la rama de Letras ha seguido disciplinas ajenas al conocimiento teórico de la literatura.

* * *

La apertura que el régimen democrático instaura en España con la Constitución de 1978 tiene uno de sus exponentes más claros en la búsqueda ansiosa por parte de escritoras poetas, en las que la libertad interna y externa –en nuestro caso la voz poética– se muestra decidida a alcanzar personalidad propia con estrategias de escritura alejadas de los arquetipos masculinos vigentes.

La revolución hay que centrarla a partir de unos hechos: desigualdad evidente entre ambos sexos, el incremento de derechos para la mujer, y la postergación de ésta por una sociedad fundamentalmente patriarcal en la que ha sido considerada –con relativas excepciones– no como sujeto, sino como objeto, aún en el caso del objeto máspreciado como diosa, madre, etc.

Esta revolución abarca además diversos campos de la ciencia y la cultura, incluso profesiones u oficios cuyo ejercicio cuarenta años atrás era impensable en la rama femenina como, por ejemplo, las Fuerzas Armadas o la albañilería. Por razón de tiempo y espacio, sólo deseo nombrar algún caso cercano. La primera mujer catedrática de universidad en la rama de Ciencias y primera mujer catedrática en toda España fue la granadina Ilustrísima Sra. Dña^a. Asunción Linares; debemos fijarnos en la fecha. Los ejercicios de opo-

sición se realizaron en 1961. Hoy sería tarea ardua contar las catedráticas mujeres, las jueces, ministras etc. No obstante, el caso de la poesía ha sorprendido de manera abrumadora. No sólo por el auge de las poetisas y la difusión conseguida, que va desde editoriales exclusivamente femeninas, facilidad de edición, demanda del lector, hasta un número elevado de antologías, que pueden enmarcarse desde *Las diosas blancas* de 1985, hasta *Antología de la poesía femenina de España en el siglo XX*, publicada en China en el 2002. También por ser el lenguaje la vía directa por el que el pensamiento muestra la revelación del ser, y este ser se presenta con una pasión insólita contra toda una mentalidad en la que la mujer proclama, con arte poética, cuáles son sus verdaderos sentimientos frente al falso cliché que una sociedad dominada por valores patriarcales ha creado.

Aunque el tema literario es apasionante y la bibliografía amplia, por el espacio reducido que exige el protocolo, lo presentaré de forma concisa.

En *Novísimos, Postnovísimos, Clásicos: La Poesía de los 80 en España*, Ciplijauskaité recoge ya desde la introducción una serie de conceptos válidos para el entendimiento de la poesía femenina en nuestros días, seleccionando el parecer de varios estudiosos: Según Dionisio Cañas, la poesía escrita por mujeres en nuestro tiempo “marcará definitivamente la estética de este fin de siglo” (se está refiriendo al siglo XX). John Wilcox, con respecto a esta literatura, habla de “revisión” practicada por estas autoras, sin sacar conclusiones concretas. Más inequívocamente muestra su teoría Sharon Keefe Ugalde que ve en esta literatura

un propósito de “subversión y revisionismo”. Para Amparo Amorós la palabra debe ser entendida como “esencia, palabra abreviada”.

Dos conclusiones se pueden extraer de estas investigaciones: la poesía escrita por mujeres ha sufrido un cambio radical; en segundo lugar, este cambio tiene entidad e importancia suficiente para que la crítica se esté ocupando de ella en un amplio panorama internacional. Y con todo, hay que hacer la salvedad de que algunos de los fines perseguidos por esta revolución aún no han sido del todo alcanzados e incluso conocidos por algún sector de los parnasos viriles que se pronuncia con la exclusión de estas poetas mujeres en antologías por ellos editadas, así como en jurados de certámenes, etc. Noni Benegas, en estudio preliminar de la antología *Ellas tienen la palabra*, dice: “Y es que sólo el número de las poetas asusta. También la novedad de asuntos y estilos.”

No obstante, a la altura del 2003, con base sólida, puede asegurarse que la poesía escrita por mujeres en las últimas décadas del siglo XX ha constituido una revolución.

Entiendo que se dan dos circunstancias que avalan con firmeza el término revolución: la rapidez con la que se produce el cambio, y el desmantelamiento profundo de temas tabúes. Dos acontecimientos están en el origen de esta mutación; por un lado, como antes señalé, la apertura a un sistema democrático tras 34 años de dictadura; por otro, la ola de feminismo en Occidente con raíces en el “Mayo francés” de 1968, que tan gran arraigo tuvo en España. Ejemplo claro fueron las I Jornadas de Liberación de la Mujer, celebradas

en Madrid en diciembre de 1975. Y sin embargo, ningún cambio se da en la historia sin que haya unos precedentes que, de manera soterrada, preparan el terreno para que en un momento coyuntural se produzca en corto plazo una ideología diferente, unas estructuras diferentes. En el caso de la poesía escrita por mujeres con signos de renovación, los antecedentes más próximos al siglo XX se pueden rastrear en el romanticismo desde algunos versos de Rosalía de Castro. Aunque será en la postguerra, y de forma más generalizada a partir de *Mujer sin Edén* de Carmen Conde, cuando afloran con plenitud voces entre las que figuran Ángela Figuera, Josefina de la Torre o Elena Martín Vivaldi, entre otras, en cuyas obras se detectan aspectos evolutivos –sobre todo en las etapas finales– con posturas contrarias a lo que era el arquetipo usual en la poesía de su tiempo.

Un fenómeno vinculado al cambio es el hecho de que la crítica especializada sobre poesía femenina contemporánea haya interesado tanto a estudiosos de origen extranjero. Hoy no se podría tener un conocimiento profundo en este campo si prescindimos de nombres como Biruté Cipliauskaitė, Sharon Keefe Ugalde, Margaret Persin, John Wilcox, Alicia Ostriker, Jan Montefiore, Elaine Showalter, Pierre Béarn, o Molly Hite, como exponente de una lista más nutrida, además de la excelente representación de investigadores españoles.

En el deseo de clarificar posturas en torno a la nueva poesía, Elaine Showalter, sistematiza el proceso evolutivo de la escritura femenina clasificándola en los siguientes apartados: *femenina* o tradicional; *feminista* o combativa; *de mujer*, que considera su estado como un privilegio.

En la escritura *femenina* o tradicional la voz poética es totalmente adicta a los valores que la sociedad patriarcal ha impuesto a lo largo de siglos. Los valores en esta escritura están representados por una feminidad frágil y asexual, sumisa, con tonos de frivolidad como dulce encanto o bien adherida a arquetipos tradicionales de autocompasión, sacrificio, etc.

La *feminista* es la combativa por antonomasia. Rasgos generales de estas poetisas serán el inconformismo, la palabra incisiva y cínica, a veces festiva, a veces sarcástica. En este campo se inscriben tantas y tan diversas tendencias que se hace necesaria una clasificación, al menos de las voces más diferenciadas. Cuadra en este apartado la frase-título que utilizara Unamuno en uno de sus libros, *Contra esto y aquello*, pues en el plausible afán de cambio se extreman actitudes que en un principio crean el clímax necesario para poner en marcha la nueva aventura poética aunque, con el paso del tiempo, una vez asentados los principios perseguidos, se haga necesaria una reflexión sobre métodos y objetivos alcanzados. En esta tarea combativa por crear un nuevo sujeto lírico, se ha discutido hasta el nombre, es decir, se ha puesto en tela de juicio si debe nombrarse a la mujer poetisa o poeta. Hoy día la denominación de poetisa se interpreta como término peyorativo por haber sido utilizado como sinónimo de voz poética impersonal y vacua. Pero, sin duda, el problema mayor al que se enfrentaron estas poetisas era la falta de una tradición literaria femenina con identidad propia, por lo que recurrirán a los patrones masculinos. Es lo que Keefe Ugalde, en *Conversaciones y poemas*, ha denominado estrategias de subversión y revisión. La subversión consiste, según sus propias palabras, en “una táctica destructora con énfasis en desarmar la simbolización verbal existente que históricamente ha subyugado a

la mujer [...] la revisión, en cambio, sobre todo de mitos e imágenes, es una estrategia constructiva que permite a la mujer descubrir y expresar con más precisión y textura su propia identidad transformando y haciendo suya la riqueza acumulativa del lenguaje literario.” En este libro pone de manifiesto un inmenso mosaico de concepciones y formas en el panorama actual poético, llegando a decir: “la poesía femenina española desborda su encierro”.

Debo precisar que los rasgos más comunes de esta escritura son la ruptura de límites, el buceo en el propio yo, y la proposición de un nuevo sujeto erótico. Propondré algunos ejemplos de las voces que considero más feministas; si bien ha de tenerse en cuenta que la clasificación no es del todo exacta, pues muchas poetisas, a la altura del siglo XXI, han optado por una lírica más íntima y serena como es el caso de Rossetti, García o Luca —y fuera del territorio hispano-hablante el feminismo literario, alcanzados sus logros, ha desaparecido—.

Llamativa y feminista con un estilo muy personal, cercana al surrealismo o la visión delirante del mundo de la drogadicción, se nos muestra la poesía de Blanca Andreu, que atrajo la atención de la crítica en 1981 con su libro *De una niña de provincias que se vino a vivir en un Chagall*. Ella misma nos declara: “Más que a los surrealistas, yo le debo algo a Saint-John Perse. Cuando lo leí [...] me pareció que me daba permiso para escribirlo todo” (Keefe Ugalde o.c).

Mientras la marihuana destila mares verdes,
habla en las recepciones con sus lágrimas verdes,
o le roba la luz más verde,
te desconoces, te desconoces.

Dentro del feminismo con un estilo finamente irónico,

desenfadado y vital, está la escritura de Ana Rossetti, en cuyos poemas nos presenta, con buena técnica estilística, el desmantelamiento del concepto de sexualidad mantenido en la escritura hasta entonces. La estrategia consiste en convertir al hombre en objeto sexual femenino, es decir, la poeta habla con un erotismo similar al que gran parte de los varones han empleado con respecto a la mujer. El prototipo al que hace risible será el mitificado don Juan; igualmente acomete con tono irónico y burlesco la diferenciación sexual freudiana. En otro orden, también trastoca los valores tradicionales del ritual católico. Cambios estos que hasta la aparición de Rossetti se consideraban imposibles. De *Indicios vehementes*, que recoge antológicamente sus libros de tema erótico, extraigo el siguiente ejemplo:

Contemplo ante el espejo, hospedado en mis sábanas,
las señales febriles de la noche inclemente
en donde el terso lino aulaga se vertiera
y duro pedernal y cuerpo de muchacho.

Otra de las subversiones importantes se refieren a la forma. El caso más espectacular lo representa Concha García con poemas en los que el sujeto poético revela sentirse perdido. La forma de escribir es “incorrecta” como intento de romper con las estructuras viriles; muestra a la par un lenguaje vulgar y descortés –intencionadamente–. Ella misma nos cuenta (*Ellas tienen la palabra*): “Desde mis primeros libros he intentado subvertir el lenguaje. ¿Cómo? Cambiando la sintaxis, alterando el orden gramatical”.

Ya he vendido los volantes y las ramplonas medias
pedíame un comerciante en su ración de precio
dos doblones y una escafandra, pero labio
inferior semiovalado mío dijo que no
que tanto no es el precio, [...]

(Otra ley)

Con voz distinta, aunque también subversiva en parte, y en

parte revisionista, está la poesía de Andrea Luca que, despojada de reparos, proclama su adopción por la bisexualidad, utilizando los mitos con una visión distinta y enmarcados en la sombra, haciéndonos pensar en el malditismo; para ella esta manera de concebir la sexualidad, y en correlación su voz poética, “sería la diferencia entre la esclavitud y la libertad” (Sharon Keefe, o.c.).

Tierra, tierra y sopló soy: soy forma.
No costilla maltratada, desenganchado
eslabón de la osamenta. [...]

(*El don de Lilith*)

Como ejemplo más cercano a la revisión se nos ofrece la lírica de Juana Castro en su poemario *Narcisia*. Según Sharon Keefe (o.c.) “la táctica revisionista que ofrece la mayor flexibilidad es el ‘robo’, que consiste en hurtar de cualquier mito elementos desligados de los valores culturales establecidos”. Nos presenta a la mujer no como víctima de amor, sino como cuerpo femenino glorificado que se mira a sí mismo.

[...]
Reverbere su gozo
en uvas y en estrellas,
en palomas y espigas
porque es hermosa y grande,
oh la magnolia blanca. Sola.

La última opción, la denominada poesía *de mujer*, ha sido ampliamente estudiada por Ciplijauskaitė, en diferentes artículos. Se caracteriza por una toma de conciencia serena y reflexiva, donde los valores femeninos no sólo se aceptan, sino que este grupo de escritoras proclama el gozo de ser mujer como un precioso don. En *Hacia la afirmación sere-*

na: nuevos rumbos en la poesía de mujer lo expresa así: “Si aceptamos como verdadera la observación [...] de que la mujer, para encontrar su voz, tiene que encontrarse primero a sí misma, y que lo más frecuente en la escritura femenina es un buceo, una indagación e insatisfacción constantes, hay que señalar que algunos libros recientes que se apartan de este camino dan pruebas de *haber encontrado*”. Se refiere a “haber encontrado” una auténtica voz poética. La búsqueda es anulada porque han hallado su propio ser, su propio estar. Es por tanto una poesía no combativa. “Llegando con paso sereno, han conquistado su lugar en el panorama contemporáneo. Habiendo descubierto su luz interior, que se convierte en palabra, no necesitan gritar, constatan” (o. c.). Según la hispanista lituana, queda representada por nombres como María Victoria Atencia, Clara Janés, María Sanz, Purity Canelo o Ana María Fagundo, entre otras. Me referiré a estas autoras y a mi propia obra, siguiendo el orden que con más frecuencia emplea en sus estudios. Entre los valores de este grupo, cabe destacar la plenitud de sentirse mujer o el amor cantado en versiones distintas de dolor o gozo o bien el cotidiano hacer convertido en trasunto de belleza. En cuanto a la forma no hay verdaderas transgresiones y suele conservar las imágenes de la tradición aunque a veces con enfoques nuevos, como en el caso de la mitología.

He seleccionado el poema “Candelaria” de María Victoria Atencia, tomado de su libro *Trances de Nuestra Señora*, por considerar su voz poética como la más representativa. Ciplijauskaitė en *Los diferentes lenguajes de amor* se expresa así: “Radicalmente opuesta a la actitud de la poesía subversiva, pero sobrepasando la mera reiteración de la tradición es la pos-

tura que mantiene [...] María Victoria Atencia”. En *Hacia la afirmación serena...* escribe: “Siempre ha sabido conservar el equilibrio entre el mundo visible, cotidiano, y la vida interior nutrida de misterio y fantasía: lo femenino positivo”. En *Trances de Nuestra Señora* hace una inversión de lo divino a lo humano al mostrar a la Virgen, más que como Madre de Dios, como mujer en sus quehaceres diarios; la misma autora nos dice: “No es propiamente un libro de poesía religiosa. O no sólo eso. Está allí la Virgen, siempre tan venerada por mí [...], pero también estoy yo, con mis perplejidades y mis sorpresas”. (Keefe Ugalde, o.c.). Así consigue una versión nueva de un tema tradicional, al par que desvela toda su sensibilidad femenina:

En mis entrañas fueron sus pestañas caricia,
yo su valla, él mi hacienda; y era yo responsable
de su creciente espiga. (Del resto, mi Señor.)
¿Era aquello impureza? Para guardar las formas
me llegué hasta el altar y entregué dos pichones.
(No daban para más, mucho más, mis caudales.)

Clara Janés es otra de las voces más autorizadas dentro del desarrollo hacia la plenitud como mujer. Sus diferentes etapas van progresando en la serenidad de haberse encontrado. El amor físico en sus últimos poemarios es muy importante, si bien su concepción, de forma inversa al grupo feminista, aparece siempre penetrada por la entrega generosa. En esta entrega se realiza como persona en total unión con el amado. Hay un hálito próximo al misticismo que se palpa en su visión del cosmos. “Lo erótico se eleva casi a lo sagrado, asimilando metáforas y tono de textos sagrados” (Ciplijauskaité: *Los diferentes lenguajes...*). Al igual que Rossetti, emplea la mitología, si bien con significado distin-

to. Se expresa así en *Arcángel de sombra*:

Se alzó una nube luminosa sobre
la ciega niebla, y mi boca ascendió
en pos de alimento, y fue su luz el
néctar de mis labios, y destellando
luz quedé suspenso, [...]

Sobre mi obra poética (pido disculpas por hablar de ella) me ceñiré a dar sólo algunas citas de investigación. En *Los diferentes lenguajes de amor*, la profesora de Madison escribe: "La intensificación de la postura (se está refiriendo a Atencia) [...] se da también en dos [...] autoras que depuran su pasión hasta alcanzar un verso ingrátido, casi místico, lleno de iluminación serena, donde opera con más fuerza lo innominado: Rosaura Álvarez y María Sanz". En *Hacia la afirmación serena...* explica, refiriéndose a mis tres primeros libros: "Dentro del mismo ciclo tripartito, su voz femenina se ha consolidado. Con plena conciencia de mujer, ha adquirido, en palabras de Antonio Carvajal, 'el perfil seguro' y ha transformado en un ámbito de plenitud el mundo cotidiano". Termina así en su artículo *Desde la marginalidad hacia el centro a través de la palabra*: "También considero como un don poder terminar citando unos versos de Rosaura Álvarez que confirman las posibilidades de la mujer que se ha liberado del complejo de la insuficiencia y marginalidad:

Sobre mi nombre quedo bautismal.
Cencida la inmanencia de saberme mujer.
Edén sin débito de fruto,
sin puerta con espada,
la tierra prometida
en gravidez perenne del asombro,

las vidas, todas.”

(*El vino de las horas*)

En algunos artículos de Ciplijauskaitė, los nombres de Sanz y Álvarez suelen aparecer ligados por semejanzas poéticas, y, a su vez, ambas con Atencia. Sirva el siguiente ejemplo en que habla de Sanz en *Hacia la afirmación serena...*: “Esta búsqueda de hermosura y el deseo de eternizarla, la importancia de las artes plásticas y de la música, el insistir en la trascendencia la acercan a María Victoria y a Rosaura Álvarez”. La voz de María Sanz, con tales características, nos muestra en el poema “La profecía” cómo todo el acervo del sentir poético brota en una realidad: la palabra.

[...] Un poema
dirá de ti la última palabra.
Para entonces, tal vez hayas vivido.

(*Desde Noviembre*)

También dentro de la poesía de mujer, aunque con rasgos muy particulares entran las voces de Pureza Canelo y Ana María Fagundo. Pureza Canelo, con un lenguaje rico y personalísimo, muestra su afán de romper los límites entre poesía y prosa. A las preguntas formuladas por Keefe (o.c.) acerca de su postura con respecto al feminismo declara: “A la hora de interpretar el mundo uno (sic) escribe sin pensar en que sea poesía hecha por mujer o por hombre.” Ciplijauskaitė (*Hacia la afirmación serena...*) precisa: “Tras haber atravesado etapas de esperanza desobediente, con toda la ambigüedad, ironía y escepticismo posmodernos, con *Pasión inédita* parece haber llegado a mayor certidumbre y serenidad”. Así declara en un poema:

[...] la certidumbre ampara
y me hace más hermosa.

Semejante es el caso de Ana María Fagundo. Tras etapas de indecisión, de ser dividido, alcanza un nivel de profundidad y serenidad visibles hasta en la estructura material del verso, con poemas, en muchos casos metapoéticos, siempre llenos de luz y gozo, como nos muestra en *El sol, la sombra, en el instante*:

Milagro del poema.
Con él, en él
me soy mujer entera
que dice fuerte, suavemente
sus imposibles nombres.

Hasta aquí un breve recorrido por algunas voces que considero que responden a las posturas más representativas, pero el panorama es inmenso y rico en registros de poeticidad y en el número de poetas, de las que, además, tenemos que gloriarnos en una nutrida lista de jóvenes voces.

En cuanto a estilos, las escritoras de nuestros días abarcan todas las corrientes. En palabras de Amelina Correa –*Plumas femeninas en la literatura de Granada (siglos VIII-XX)*–: “La literatura que se publica desde los años ochenta y los noventa en nuestro país se caracteriza sobre todo por un eclecticismo donde tienen cabida todas las tendencias y todas las procedencias generacionales”.

Otro rasgo digno de destacar en la poesía femenina de nuestro tiempo es su alto grado cultural. En expresión de Noni Benegas: “Muchas de esas autoras compaginan actualmente la literatura con la traducción, la enseñanza universitaria o la gestión cultural a través de instituciones, revistas y editoriales”.

En un análisis sereno sobre el cambio acontecido, debo decir que gracias a la rebeldía, tenacidad, de las poetas feministas se han conseguido logros que eran impensables. A partir de este cambio el horizonte ha quedado más despejado, más justo, y se ha conquistado una meta: que se nos oiga. La temática se ha ampliado en proporción inusitada y temas tabúes se verán con normalidad en tiempo futuro.

Ahora bien, los medios empleados, las armas, ya se han depuesto. Concha García en *Ínsula* (23. 1994), al hablar de su propia obra, dice: “Se acabó el estilo fracturado con violencia... La violencia no puede estallar dos veces, si no, se convierte en catástrofe”.

Es, por tanto, hora de reflexionar, valorar ciertos conceptos de los que no debemos prescindir. Me planteo la siguiente pregunta: ¿Qué ha aportado al arte la revolución poética femenina? Sabemos que la poesía es el más alto exponente filosófico del sentir. Ya Aristóteles afirmó que el amigo del mito es, en algún sentido, también filósofo. Con todo, es más exacto afirmar: donde termina la filosofía comienza la poesía. Grecia, con su inicio del teatro, muestra cómo poesía y vida se aúnan. En época más cercana, nos hallamos con los románticos: Hölderlin, por ejemplo, influyó en el joven Hegel con su anhelo de infinito, también sobre Nietzsche. Podría seguir poniendo ejemplos. Pero volvamos al inicio: ¿Qué hemos aportado las poetas al arte, al pensamiento español, europeo, en nuestros días? Por supuesto, no tengo la respuesta, pero creo que ésta es una cuestión básica que puede esclarecer un movimiento intelectual. No se trata de que se

nos escuche más, que se edite más, con ser esto un logro. Me refiero a autenticidad, es decir, la bondad poética más allá de modas o coyunturas. Sin duda, falta perspectiva suficiente para extraer conclusiones definitivas, pero leyendo los poemarios de mis colegas mujeres, releyéndome, siempre me asalta esta pregunta: ¿Por qué siguen admirándonos, por ejemplo, Virgilio, Dante, Santa Teresa o Lorca? Creo que toda obra artística, que se precie de serlo, conlleva el poder inmanente de la emoción, emoción distinta según el sujeto poético, según el lector de poesía, pero que reserva un hábito permanente inconcluso, que no podrán cerrar los años, ni los futuros lectores. Un oculto sentido, pero universal, desvelará a través del devenir el valor esencial del poema, la fascinación que transmite. Nos acercamos al espacio de la poiesis, ámbito entre lo humano y lo divino, para algunos mágico, donde los límites son ilimitados hasta el punto de que siendo el lenguaje vehículo y protagonista en este acontecer, la misma poesía-palabra nos niega su definición; pienso que lo que se aprehende en un poema sobrepasa el poema y, a su vez, es un todo en él y nada se puede quitar y nada se le puede añadir, y en todas y en cada una de sus partes se cobija la emoción y en todos y en cada uno de sus silencios. El valor intrínseco es innombrable e indivisible. Ante tal realidad, llego a la siguiente conclusión: la belleza artística sólo puede ser objeto de aprehensión. Entiendo, por tanto, que no hay poesía masculina o femenina. La poesía sólo debe tener una cualidad inalienable: su bondad artística. Cuando se consigue esto, el poema se alza a través del tiempo. Porque si entramos en divisiones ocurriría algo que dice Carlos M. Andrés con cierta ironía (*La poética del ocaso en Rosaura Álvarez*): “Una primera conclusión [...] sería la impropiedad

de propuestas como la de Daydí-Tolson de clasificación autónoma de las poetas mujeres, independientemente de los movimientos y agrupaciones establecidos [...]. No cabe duda de que esto podría hacerse, al igual que una historia separada de los poetas homosexuales, o de los nacidos y criados en Albacete”.

Concluyo: El movimiento poético femenino ha sido espléndido en variedad de registros, en su tenacidad y derroche de esfuerzos para que la poesía escrita por mujeres alcance el puesto que le corresponde; en este sentido no dudo de que ocupa ya un lugar en la historia de la literatura como “movimiento”. Pero independientemente de este logro está la esencia poética de cada poemario. De esta esencia, bondad perdurable, adscrita a fondo-forma, nos hablará el tiempo. Nosotras, mientras tanto, debemos dejar nuestro cuidado “entre las azucenas olvidado”.

Gracias.

J. ROSARIO ÁLVAREZ RODRÍGUEZ (Rosaura Álvarez)

Rosaura Álvarez, de la Academia de Buenas Letras de Granada, nace en Granada. Es licenciada en Historia y en Ciencias de la Educación. Realiza estudios de Música en el Conservatorio Victoria-Eugenia de Granada. En la Escuela de Artes y Oficios de Granada estudia con Cristina Alonso Morcillo y Rafael Revelles; Grabado, en la Fundación Rodríguez-Acosta, con los maestros Renato Brusciaglia y José García de Lomas. Es profesora de Historia del Arte.

Se dedica a la pintura: Exposiciones desde 1975 a 1984. Exposiciones colectivas en Madrid, Granada y provincias. Exposiciones Individuales: Caja de Ahorros de Granada, febrero, 1975. Casa de Granada, Madrid, 1975. Galería Passagali, Madrid, noviembre, 1975. Palacio de la Madraza, Universidad de Granada, octubre, 1979. Casa de la Cultura, Jaén, mayo, 1981. Museo Casa de los Tiros, Granada, mayo, 1982.

Entre sus publicaciones poéticas colectivas destacan: *Antología poética en honor de Soto de Rojas*. Universidad de Granada, 1984. *Antología en honor de García Lorca*. Universidad de Granada, 1986. *In Honorem Manuel Alvar*. Gredos. Madrid, 1987. *Tierras de la Alpujarra*. Adra, 1992. *Per Antonio Machado* "Tarde tranquila, casi". Bulzoni. Roma, 1994. *Mujeres y café*. Torremozas. Madrid, 1995. *Poetas en el aula* "Programa Juan de Mairena". Consejería de Educación y Ciencia. Desde 1993 a 1996. *II Congreso de mujeres poetas*. Córdoba, 1997. *Antología "Agua oculta que llora"*. Los Cuadernos de Sandua. Cajasur. Córdoba, 2000.

Antología “*Arribar a la bahía*”. “Poetas del 2000”. Algeciras, 2001. Antología “*Mujeres de carne y verso*”. La esfera de los libros. Madrid, 2002. *Palabras*. Festival Internacional de música de Ayamonte, 2002. *Antología de la poesía femenina de España en el siglo XX*. Pekín, 2002.

Es colaboradora en las revistas *Zurgai*, *Salina*, *Los papeles mojados de Río Seco*, *Extramuros*, *Alhucema*, *Letra clara*, *Jizo de humanidades...*

Entre sus ensayos sobresalen: *Actividad apostólica de los jesuitas con los moriscos*, Cuadernos de Alhambra, nº 19-20, Granada, 1983. *Los jesuitas en Granada (1554-1600)*, inédito.

Sus poemarios individuales son: *Hablo y anochece*. Colección “Genil”. Diputación de Granada, 1986. *De aquellos fuegos sagrados*. “Corimbo de poesía” nº 1. Granada, 1988. *Diálogo de Afrodita (en tres tiempos)*. “Torremozas”. Madrid, 1994. *El vino de las horas*. “Fundación Jorge Guillén”. Valladolid, 1998. *Intimididades*. Los cuadernos de Sandua. Cajasur. Córdoba, 2001. *Alter Ego*. (En prensa).

Ha realizado lecturas poéticas, conferencias y artículos de prensa. Algunos de sus poemas han sido musicalizados por *Juan-Alfonso García*.

CONTESTACIÓN
DEL
ILMO. SR. D. JOSÉ CARLOS ROSALES

Excelentísimo Señor Presidente,
Ilustrísimos Señores y Señoras Académicos,
Señoras y Señores:

AUNQUE lo acaba de señalar la poeta Rosaura Álvarez, nunca vendrá de más insistir en el enorme valor de un hecho tan decisivo -y reciente- como el de la incorporación plena de las mujeres españolas a la actividad literaria. Analizar este fenómeno, comprender sus mecanismos, o estimar sus resultados suele, y debe, hacerse desde múltiples puntos de vista. Pero ahora, de la mano amable de Rosaura, hemos asistido a una tarea intelectual más sensata y prudente. La de dibujar un panorama que, acompañado de oportunas indicaciones, nos sirve para reconocer la envergadura de un acontecimiento de incalculables consecuencias.

Que las mujeres escriban y publiquen, traduzcan autores lejanos y dirijan revistas literarias, no es sólo una conquista política o social más; representa fundamentalmente, y entre otras muchas cosas, la oportunidad -o la necesidad- de cambiar nuestro imaginario simbólico, al menos en lo que a las buenas letras se refiere. Ya no podemos seguir pensando el trabajo de la escritura del mismo modo que lo hacíamos hace, por decir una cifra, cien años. Los papeles entonces estaban más o menos definidos. Las mujeres leían lo que los hombres escribían. Y los hombres escribían lo que pensaban que las mujeres querían leer, o tenían que leer. Eran dos mundos muy distantes, deficientemente comunicados. Y desde que las mujeres han decidido escribir poemas o novelas, esos dos mundos se han vuelto un poco más permeables, menos

aislados, más fértiles. Para ello ha sido necesario que las escritoras en lengua española, a lo largo de tres o cuatro generaciones, fueran capaces de romper los modos de decir establecidos. Sin esa decidida voluntad de ruptura no sería posible disponer en España de un horizonte tan rico como el de la poesía femenina de nuestros días. Sin embargo me temo que todavía pasará algún tiempo antes de que el imaginario al que me refería más arriba acabe de integrar con naturalidad suficiente la figura de la mujer escritora. A ello pueden contribuir actos tan sencillos como éste de hoy, la entrada de Rosaura Álvarez en la *Academia de Buenas Letras de Granada*. Un gesto que, por otro lado, me consta, no nace –por parte de los promotores de esta Academia– de ninguna clase de oportunismo fácil, sino del convencimiento de la bondad poética de una obra que no necesita coartadas de ninguna clase para defenderse. Rosaura Álvarez es mujer. Rosaura Álvarez es una mujer que escribe. Pero Rosaura Álvarez es, sobre todo, la autora de un valioso puñado de versos. Ése es su bagaje, y ésa es su valía, “más allá de modas o coyunturas” como ella misma reclama para sopesar la poesía escrita por mujeres.

Hace unos momentos hemos escuchado cómo Rosaura Álvarez se preguntaba “¿Qué hemos aportado las poetas al arte, al pensamiento español, europeo, en nuestros días?” La respuesta puede ser muy fácil: las poetas han aportado sus poemas; y esos poemas han aportado planteamientos discursivos inéditos, otra sintaxis, un léxico más amplio y sinuoso. Los poemas de Rosaura Álvarez lo demuestran. Leamos, por ejemplo, uno de su libro *El vino de las horas*, el titulado “Símil”:

Como el insecto que en la noche
hacia la luz se inclina y va y viene
en danza de zigzag y laberinto,
y con sus febles alas da y retorna,
topa, llena el silencio con dolido
concierto de sus élitros,
ciego de turbación, desasosiego.

Del mismo modo el pecho,
tanta vez, en designio de palabra.

Junto a los temas habituales en la poesía de Rosaura Álvarez –la soledad consentida, el goce del amor intuido, la introspección serena– percibimos en este poema la soberana madurez de un propósito poético que desde sus inicios siempre se planteó el cultivo de un léxico propio y coherente, una atrevida figuración sintáctica, y la construcción de un modo discursivo en el que fuera posible la fusión de la condición femenina y la contemplación del mundo en su vertiente más pura, la de la belleza. Todo ello planteado en un delicado equilibrio entre la aspiración de goce y la voluntad de renuncia. El insecto del poema, el que se mueve en la noche buscando la luz y rehuyéndola, es el reflejo de una indagación existencial y estética, una pesquisa que turba el corazón, pero que siempre ofrece recompensas afables; por ejemplo, la de una visión intensa y fugaz: “En mi balcón palomas blancas alzan / sereno círculo de tenue vuelo”, escribió nuestra académica en su libro *De aquellos fuegos sagrados*. Esa búsqueda de la claridad es también la búsqueda del brillo y los colores del paisaje o de las cosas. No en vano Rosaura Álvarez es también pintora: “Fue la tarde largos ópalos, / despojada en más dorados, / en más lascivia de cárdenos / cayen-

do. (...)”, son versos que leemos en su *Diálogo de Afrodita*, su tercer libro de poemas. Y junto al brillo y los colores de las cosas, el deseo y el amor: “Soñar para exultar. Amar /, para morirnos bellos”, nos dice Rosaura en el último libro citado. Un amor que se expresa cargado de intimidad y de cercanía, de erotismo sutil, de pasión contenida: “Se viste de ternura / inmaculada, de gemido tenso. // Siempre es el alba y, a la par, la noche”, son versos emblemáticos, una breve muestra de la inquietud sensitiva de nuestra nueva compañera en esta Academia, y de la sugerente atmósfera musical en la que inserta concierto sus poemas.

Esta actitud poética –con sus brillantes resultados– es una de las aportaciones por las que se preguntaba la autora de *El vino de las horas* en el discurso que acaba de pronunciar. Ahí radica su virtud y su mérito. Ya sólo me queda, para terminar estas palabras, mostrar mi más sincera satisfacción por la llegada a la Academia de Buenas Letras de Granada de una mujer escritora del rigor y la coherencia de Rosaura Álvarez, hacer pública mi certeza de que las mujeres escritoras no serán una minoría decorativa en las filas de esta corporación, y, finalmente, expresar a la Ilustrísima Señora Rosaura Álvarez mi cordial enhorabuena –y la de mis compañeros– por sus palabras, y, cómo no, por sus poemas.

Muchas gracias.

Este discurso, editado por la
Academia de Buenas Letras de Granada,
se acabó de imprimir en Granada,
el 24 de febrero del año 2003,
CLXVI aniversario del nacimiento
de Rosalía de Castro,
en los Talleres de La Gráfica S.C. And.,
estando al cuidado de la edición
el Ilmo. Sr. Don José Carlos Rosales,
Bibliotecario de la Academia.

Granada,
MMIII

